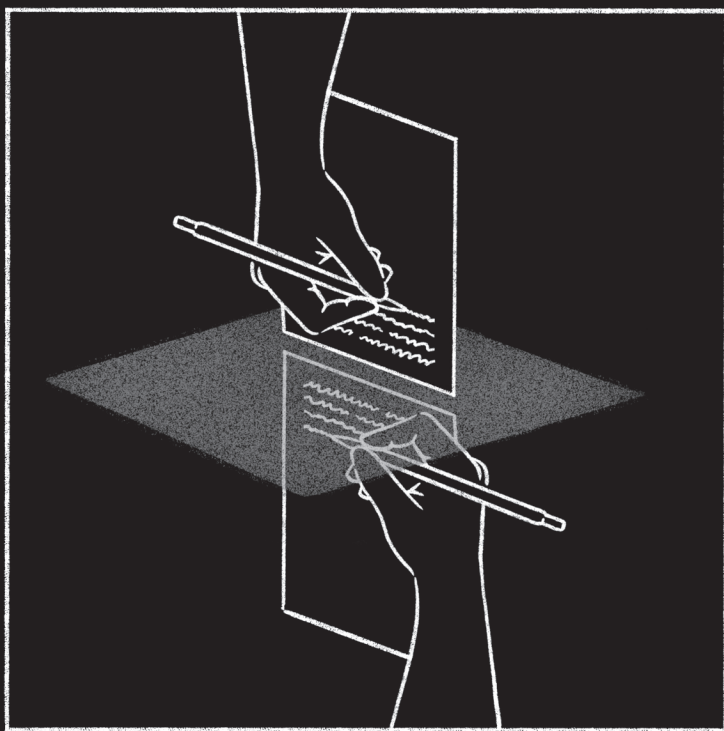


CARTAS A ANER DIPSUJOS



Claudio Fuentes Pfeiffer

CARTAS A ANER DIPSUJOS

Claudio Fuentes Pfeiffer

ÍNDICE

Carta a un Seducido por el Naturalismo	06
Carta a un Nacido en el Posmodernismo	16
Carta al Deslumbrado por el Panteísmo	28
Carta al Suspicaaz respecto al Evangelio	38
Carta Final a Aner Dipsujos	52

Carta a un Seducido por el
NATURALISMO

Estimado *Aner Dipsujos*, te escribo porque sé que ha resultado para ti muy atractivo y seductor estudiar licenciatura en ciencias varias, esfera en donde todos los docentes profesan con gran elocuencia que no hay Dios y que la materia es lo único real. La teoría de la Evolución es presentada como verdad absoluta y el origen del universo por medio del Big-Bang resulta indiscutible. Te enseñan con orgullo que el ser humano es una mera máquina compleja de químicos, por lo que la muerte representa una mera extinción de la persona. No hay un propósito universal, solo una línea histórica articulada por la causa y el efecto sin sentido, por lo que la ética tiene comienzo y fin solo en relación al hombre mismo.

En medio de tanta cháchara de supuesta objetividad, me gustaría que consideraras las palabras que te dirijo en esta carta. Sé que la cosmovisión naturalista que predicán, parece ser a primera vista honesta, objetiva y coherente. Sin embargo, es necesario que consideres que no obstante todo el discurso de aparente neutralidad que profesan tener, en realidad no hacen más que presentarte su creencia religiosa. Para ellos el cosmos mismo ocupa el lugar de Dios, siendo la ciencia en sí misma su religión de culto. Por ello, en aras de una plena conciencia intelectual, me parece adecuado que consideres en profundidad

las implicancias de sus postulados, para que así puedas efectuar por ti mismo una reflexión crítica de la visión. Mi anhelo es que, si llegas a aceptar o rechazar su creencia materialista, la decisión no esté basada solo en seguir la corriente académica, sino fundamentada en un adecuado ejercicio crítico de meditación.

En este sentido, para poder efectuar un análisis serio de cualquier cosmovisión, debemos aplicarla a la realidad como un todo y ver si resulta en una imagen coherente del mundo. Para ello es necesario hacer pasar el sistema de pensamiento por un testeo que evalúe tanto el razonamiento, como la experiencia humana, y también la puesta en práctica de la cosmovisión.¹ Sometamos pues la cosmovisión materialista naturalista al testeo y evaluemos si es todo lo consistente que proclama ser.

La **prueba de la razón** evalúa la cosmovisión con pensamiento lógico, aplicando la ley de no contradicción. Las filosofías auto-referencialmente absurdas son aquellas que, aplicadas a sí mismas, resultan en un absurdo autodestructivo. En el caso del Naturalismo, éste sostiene que el ser humano no es más que una máquina compleja, siendo la personalidad simplemente una interrelación de propiedades físicas y químicas. Si aplicamos este postulado a la posición materialista central que afirma que la razón humana dirime lo que es verdadero de lo que es falso, ¿qué resulta? ¡Un absurdo autodestructivo! ¿Acaso puede un ser de origen tan incierto confiar en su propia capacidad de conocimiento?

Si “yo” no soy más que una máquina pensante, ¿cómo puedo confiar en mis pensamientos? Si la conciencia es un epifenómeno de la materia, quizá la apariencia de libertad humana, que

sienta las bases de la moralidad, sea un mero epifenómeno del azar. Tal vez el “sentimiento” de que soy libre, no sea más que un producto del azar o de la naturaleza de las cosas, cuando en realidad no lo soy. Si la conciencia surge a partir de una mera interrelación compleja de materia altamente ordenada, ¿por qué aquello que la materia piensa de sí misma, habría de tener relación alguna con lo que es la realidad? ¿Cómo sería posible distinguir la ilusión de la realidad? En otras palabras, ¿la interpretación de la realidad por parte de nuestros cerebros, será verdaderamente la realidad?

Frente a este tipo de interrogantes tan cruciales, ¿será posible afirmar como pilar fundamental la razón humana? Me parece que la respuesta es claramente no. En otras palabras, siguiendo la línea lógica del planteamiento naturalista, los propios postulados materialistas destruyen el mismísimo argumento central de la preeminencia de la razón humana. Es importante que consideres que la inconsistencia es siempre una señal de error, aunque, también es importante aclarar que, la ausencia de contradicción no garantiza la presencia de verdad. Es por eso que, en el caso de que no valides el argumento anterior, te animo a que prosigas el testeo de la cosmovisión naturalista con la siguiente prueba:

La **prueba de la experiencia** tiene relación con la relevancia que tiene la cosmovisión sobre lo que sabemos del mundo que nos rodea (el mundo exterior) y de nosotros mismos (el mundo interior). Respecto al mundo exterior, una cosmovisión debe ayudarnos a entender aquello que percibimos todos los humanos en el diario vivir, siendo consistente con la experiencia humana general. Respecto al mundo interior, la cosmovisión debe encajar con lo que sabemos sobre nosotros

misimos y lo que experimentamos como individuos. A mi juicio, el naturalismo también encuentra serias dificultades de coherencia a este nivel experiencial.

La *experiencia humana general* revela que las sociedades funcionan y se edifican a base de la dignidad humana. Las culturas que valoran la vida humana y la estiman como valiosa, prosperan en un amplio sentido, siendo de consenso general que los derechos humanos deben ser una guía central en el actuar de los gobiernos. La pregunta aquí es: ¿da el naturalismo una razón para que el ser humano se considere valioso? Si la materia es todo lo que hay y la historia es una mera corriente lineal sin propósito, ¿puede atribuirse dignidad a un ser producido por el azar?, ¿tiene un compuesto molecular llamado humano, más valor que un compuesto molecular llamado piedra? La respuesta, bajo esta mirada materialista, es: no. No hay razón para la vivencia social de dignidad humana.

Otro ejemplo de incoherencia en el mismo ámbito de la experiencia humana general, es la creencia del surgimiento azaroso del orden a partir del caos. El naturalismo enseña que el orden salió del caos sin intervención alguna de una personalidad. La teoría se explica de manera interesante arguyendo millones de años y un azar casi providente. No obstante, resulta evidente que la experiencia humana general dice lo contrario. Cuando salimos de la casa y dejamos los platos sin lavar arrumados en la cocina, experimentamos invariablemente que al volver la ruma de desorden sigue ahí sin cambio. Yendo más allá aún con el argumento: Si alguna vez que volvemos a la casa resulta que la ruma de platos que dejamos en caos, la encontramos lavada y guardada, la primera suposición que haríamos no sería: “¡Finalmente obró el azar!”, sino que diríamos espontáneamente

“¿quién hizo esto?”. Con esto manifestamos que, en nuestra experiencia diaria de vida humana, el orden siempre presupone personalidad, no azar.

Respecto a la *experiencia personal*, cada uno de nosotros presenta una conciencia moral de lo que está bien y lo que está mal. Esto lo demostramos al protestar cuando alguien nos trata injustamente, o al juzgar a otras personas (por ejemplo, a la clase política) respecto a su proceder inmoral (por ejemplo, en el uso del dinero). Al juzgar a otros manifestamos tener conciencia de bien y de mal. Ahora bien, si todo lo que existe ha surgido sin propósito ni dirección, sin marco de referencia ni diseño inteligente, ¿cómo se explica que los seres humanos tengan una conciencia moral universal?, ¿cuál sería el sentido de la ética y el proceder moral, si las moléculas y los átomos son amorales y los seres humanos representan simplemente un cúmulo de éstos? La respuesta es evidente: en un mundo material sin propósito, la ética no tiene ninguna razón de ser.

Vemos así que la cosmovisión naturalista no solo resulta incoherente en la prueba de la razón, sino que también en la experiencial, tanto en su faceta social como individual. No obstante esto, aún hay más que analizar, y continuando el argumento ético planteado en el párrafo anterior, aprovechemos de avanzar a la **prueba de la práctica** del naturalismo. La comprobación en la práctica de alguna cosmovisión, consiste en evaluar si la persona que profesa dicha creencia, puede vivir consistentemente en armonía con el sistema que profesa.

Como sabemos, los naturalistas niegan todo sentido teleológico de la vida (es decir, de propósito), tanto individual como universal. Si fueran realmente consistentes con su

materialismo, deberían vivir como nihilistas, es decir, negando el conocimiento, la ética, la belleza, la realidad y todo en general. El materialismo no proporciona una base sobre la cual el hombre pueda actuar de manera significativa, pues dice que la materia y su dirección histórica no tienen un sentido *per se*. De esta manera niega toda posibilidad de un ser auto-determinado que pueda elegir sobre la base de un carácter innato de conciencia en sí mismo, siendo las personas simples máquinas y no individuos conscientes. No obstante estas grandilocuentes declaraciones, al observar la vida de los naturalistas, éstos suelen vivir defendiendo la moral y los buenos hábitos, la cultura y los deportes, la música y las artes. Eso se llama incoherencia práctica con el sistema de pensamiento, pues proclaman una doctrina nihilista, pero viven como si fueran cristianos. Esa incoherencia es un fuerte indicador de error en su cosmovisión.

A esta altura de la argumentación parece claro que la cosmovisión naturalista es inconsistente tanto en razonamiento, como en experiencia vivencial y en práctica de vida. No obstante, el mayor argumento en contra del materialismo aún no te lo he presentado. A mi juicio, el mayor argumento en contra del naturalismo y todas las cosmovisiones en general, es la perfecta consistencia que presenta la cosmovisión teísta cristiana a todo nivel. Debemos optar por aquella que es perfectamente coherente en cada uno de sus ángulos, rindiéndonos ante la absoluta consistencia de la verdad.

Permíteme realizar el ejercicio de someter el teísmo² cristiano al mismo test cosmovisional y observemos en conjunto el

resultado. Para ello primero te recuerdo que el teísmo afirma que Dios lo creó todo. Dios es absoluto y personal a la vez. Es uno y múltiple a la vez. El cristianismo afirma que el mundo natural existe y es real, habiendo una clara distinción entre Creador y creación. El acto creativo de Dios fue *ex nihilo* (a partir de la nada) y lo abarca todo, no habiendo nada en toda la creación, que funcione independiente de Dios. Por tanto, toda la creación depende del Creador para su existencia y a su vez, toda ella nos revela la divinidad y el poder de Dios. Todo lo creado tiene un propósito, una finalidad. Todo lo creado, tanto primariamente por Dios, como secundariamente por el ser humano, está regido por leyes universales puestas ahí por el Creador. Todo lo creado tiene un valor inherente, especialmente el ser humano, que tiene una distinción creacional, pues fue hecho conforme a la imagen de Dios y fue colocado para señorear junto a Él sobre este mundo.

Además, la Historia de Redención nos relata que el primer hombre pecó, rompiendo así la relación vertical con Dios, afectando de esta manera todas las relaciones con la creación. Todo ser humano nace en pecado y es pecador, dando lugar al sufrimiento y la muerte. Al haber sido colocado por Dios como vice-regente de la creación, el mundo entero se vio afectado con la caída. El mundo en el cual vivimos hoy, si bien manifiesta trazos de la gloria de Dios, está profundamente deformado por el mal. ¿Es este el final de la gran historia bíblica? No. El Evangelio concluye con la magnífica Redención. La Redención humana por medio de la gracia de Jesucristo y la redención de la creación entera por medio de la glorificación del pueblo de Dios. Por tanto, la cosmovisión cristiana, si bien no es optimista respecto al presente, tampoco es pesimista sobre el futuro.

Apliquemos a estos postulados el test de las cosmovisiones. ¿Presenta el teísmo cristiano inconsistencias frente a la prueba de la razón?, ¿hay en sus dichos algo que, aplicado a sí mismo, resulte en un absurdo autodestructivo? La respuesta es un contundente: no. El sistema tiene un orden coherente, en el que cada postulado se complementa ordenadamente con el otro, habiendo consistencia doctrinal total desde Génesis a Apocalipsis. Por otro lado, ¿tiene la cosmovisión cristiana relación con la experiencia humana general y personal? La respuesta es un absoluto: sí. La cosmovisión cristiana da lugar al sufrimiento y al gozo, al espíritu y a la carne, al presente y a la eternidad, a la ética y al pecado, al tiempo y al espacio, a la dignidad humana y la maldad humana, al mundo cultural y al mundo natural, a la trascendente eterna grandeza de Dios y a la inmanente activa y cercana presencia de Dios.

Por último, ¿aquellos que profesan el cristianismo logran vivir en armonía con la creencia que profesan? Responder esta última pregunta, estimado *Aner Dipsujos*, te corresponderá a ti... Para ello, espero que las vidas de hermanos y hermanas maduros en la fe te resulten un testimonio vivo de la existencia del Alfa y la Omega de toda la realidad: Jesucristo nuestro Dios.

Porque de él, y por él, y para él, son todas las cosas.

A él sea la gloria por los siglos.

Amén.

(ROMANOS 11:36)

Carta a un Nacido en el
POSMODERNISMO

Estimado *Aner Dipsujos*, agradezco tu respuesta sincera a mi carta anterior. Fue respetuoso de tu parte tomarte el tiempo de responderme y muy honesto declararme también tu opinión. Cito a continuación tu respuesta vía WhatsApp a mi carta:

Gracias por tu opinión!
Es como tú lo ves. Si te hace sentido,
está bien para ti.
La verdad es que yo lo siento de otra manera.
Saludos :)

Debo decir que tu respuesta me sacó una lágrima y una sonrisa. Ambas me desafiaron a volver a tomar el lápiz y redactarte (ocupando tu lenguaje) mi sentir a tu sentir. Partiendo por aclararte que tu sentir, no es en realidad únicamente tuyo, como si fuese una especie de propiedad privada, sino que es un “sentir” impregnado de la época en la que has nacido y crecido. Las personas te dicen “millennial”, pero la verdad es que no me parece una denominación adecuada, si consideramos con humildad, que ha habido varios cambios de milenios antes de nosotros. Preferiría introducirte al término “posmoderno”.

Hacia el último tercio del siglo pasado, el siglo XX, el mundo empezó a hastiarse masivamente de las falsas promesas de la Modernidad. Los profetas modernos naturalistas, científicistas y racionalistas, entre muchos otros “istas” más, hicieron por casi tres siglos grandiosísimas promesas de un mundo mejor basado únicamente en la racionalidad y la ciencia. La fe de la sociedad se centró principalmente en la capacidad humana y tecnológica, en la supuesta roca firme llamada “ciencias exactas”.

Todos los ámbitos científicos hicieron grandes afirmaciones: la química y la física hallarían fuentes de energía inagotable que eliminarían la pobreza y la oscuridad; la biología y la genética lograrían erradicar las enfermedades, otorgando vida eterna; las ciencias sociales, como la sociología y la psicología, solucionarían los problemas sociales e interpersonales; el avance tecnológico nos daría absoluta paz y placer. No obstante, todas estas promesas más bien religiosas de la modernidad, chocaron contra un muro teórico y práctico.

En lo teórico, los pensadores empezaron a comprender que detrás de toda mente humana hay presuposiciones, parcialidades, sesgos y paradigmas, que ni la racionalidad ni la ciencia son objetivas o neutras. En lo práctico, si bien el avance científico mejoró la calidad de vida, nunca trajo la era de oro prometida, sino que al revés, el modernismo trajo las peores guerras mundiales y genocidios conocidos de la historia humana. Hasta el día de hoy, con todo el avance tecnológico y digital global, continúa la pobreza, la degradación ambiental, la violencia, los abusos, las crisis económicas, los trastornos psiquiátricos, la esclavitud sexual infantil, etc.

El proyecto modernista fracasó, porque supone equivocadamente que el problema está afuera y no dentro del ser humano. Esto llevó a que el siglo XX finalizara con un pensamiento muy distinto al que lo inició, un pensamiento con incredulidad hacia los grandes discursos. Más aún, con suspicacia de que detrás de todo aquel que busca proclamar la verdad hay algún tipo de búsqueda de obtener más poder o incluso abuso de poder. Bienvenido al período posmoderno, que no busca la verdad, ni la racionalidad, sino las sensaciones del ahora ya. ¿Por qué no busca la verdad?, porque afirma que no hay una verdad absoluta, sino solo verdades relativas y situacionales.

Te he explicado brevemente la evolución del pensamiento de esta época, pues es importante que entiendas que tu mensaje de texto obedece a que estás inmerso en un contexto. Como te decía antes, es necesario asumir que tu opinión, sin desmerecerla, no es de tu propiedad privada, sino que hace eco de la promocionada opinión relativista del mundo actual.

No obstante, para evitarte una crisis identitaria de ego, quisiera invitarte a hacer el mismo ejercicio de la última carta e invitarte a que, antes de creer tener el sentir que crees sentir tener, efectúes un análisis serio del sentir post-moderno, aplicándolo a la realidad como un todo y ver si resulta en una imagen coherente del mundo. Tal como lo hicimos con el naturalismo, pasemos este sistema de pensamiento a través de la prueba del razonamiento, de la experiencia humana, y también de la puesta en práctica de la cosmovisión.

Partamos aplicando la **prueba de la razón** evaluando la cosmovisión con pensamiento lógico, aplicando la ley de no contradicción, pues, como ya sabes, las filosofías auto-

referencialmente absurdas, aplicadas a sí mismas, resultan auto destruirse. En el caso del Post-modernismo, el auto desmoronamiento es sencillo:

Si la explicación postmoderna fuese verdadera, y no hay verdades, entonces no sería verdadera, pues lo que sostiene es en sí misma la ostentación de una verdad. Es decir, si dice la verdad (que no hay verdades), entonces resulta falsa, pues sí habría una verdad: la misma afirmación postmoderna. Por otro lado, evidentemente si resultara falsa la afirmación de que no hay verdades, entonces habría verdad absoluta, y la postura postmoderna resultaría nuevamente falsa. Por tanto, en cualquiera de los casos, sea verdadera o falsa, resulta falsa. ¡Qué manera de auto-boicotearse! ¡Qué manera de ser sofisticadamente inconsistente!

En cambio, el teísmo cristiano sostiene una verdad absoluta, que es Jesús y Su Palabra, y sostiene que hay mentiras. Si esta verdad es una mentira, entonces resulta verdadero que hay mentiras. Y si resulta verdadera, es verdadero que hay una verdad absoluta. Por tanto, a diferencia del postmodernismo, es consistente siempre con la verdad.

Más aún: Los naturalistas tienen su historia, los teístas cristianos la suya, pero con el posmodernismo ninguna explicación puede tener más credibilidad que otra. Todas las historias son igualmente válidas, pues son validadas por la comunidad que vive con ellas. Por tanto, si los creyentes decimos que solo Jesús es la Verdad, esto debe ser verdad y, por tanto, existe la verdad absoluta. No obstante, esto es negado por el mismo postmodernismo: Al negar la verdad de que Jesús es la única verdad absoluta, niegan su postulado central de que toda

verdad es válida, pues sostienen su propia verdad (que Jesús no es la única verdad absoluta) como verdad superior a ésta. La inconsecuencia salta a la vista.

Dicho de otra manera, si todo discurso de verdades es una intriga encubierta por el poder (como sostiene el postmodernismo), entonces también lo es el mismo postulado postmoderno que afirma esto. El rechazo de toda verdad, es en sí mismo una verdad. Si el lenguaje es poder y hay que sospechar de toda meta narrativa, es necesario sospechar de esta misma narrativa que afirma que las expresiones lingüísticas son solo un juego de poder. Evidentemente, el rechazo de toda meta-narrativa, como lo sostiene el postmodernismo, es en sí mismo una meta narrativa. Así caemos en una anarquía intelectual y, por tanto, moral. Siguiendo esta línea, avancemos a la siguiente prueba.

La **prueba de la experiencia**, como ya sabes de la anterior carta, tiene relación con la relevancia que tiene la cosmovisión sobre lo que sabemos del mundo que nos rodea (el mundo exterior) y sobre lo que experimentamos nosotros mismos (el mundo interior). Recuerda que, respecto al mundo exterior, una cosmovisión debe ayudarnos a entender aquello que a diario percibimos todos los humanos en su conjunto, siendo consistente con la experiencia humana general, mientras que, respecto al mundo interior, la cosmovisión debe encajar con lo que sabemos sobre nosotros mismos y experimentamos como individuos.

Respecto a la *experiencia humana general*, el postmodernismo acepta la postura de cada cual como válida. Me escribías “si te hace sentido, está bien”, pero en un análisis un poco más

detenido, resulta que los valores autodefinidos de los individuos y las comunidades son la fórmula directa para la anarquía. Pues, ¿qué Estado podría funcionar si cada ciudadano tiene su propia Constitución?, ¿qué economía podría funcionar si cada mercader inventa sus propias reglas de ética de venta?, ¿qué ciudad podría mantener la paz, si cada familia decide su postura respecto al asesinato? Si realmente todo es relativo al sentir y pensar de cada cual, ¿cómo podrían caminar dos personas juntas, si no hay tierra firme sobre la cual caminar, sino que solo un espacio infinito, inmaterial, vacío e inconsistente?

Evidentemente, la sociedad y tu propia vida funcionan a diario sobre una infinidad de verdades. Ningún postmoderno sigue siéndolo cuando le roban la bicicleta. Sabe inmediatamente que eso estuvo mal y que el ladrón también sabía que está mal y, por tanto, asume que hay una conciencia moral universal y, por ende, asume también, que las fuerzas públicas del Estado deberían castigar al delincuente.

Tu propia *experiencia personal* se sostiene sobre una infinidad de verdades. Los historiadores postmodernos escriben respecto al pasado afirmando que no hay verdad objetiva, sino solo elucubraciones respecto al pasado. Pero, ¿es realmente así? Cuando recuerdas tu vida, tu familia, tu casa de la infancia, el colegio al que fuiste y los amigos que tuviste, ¿acaso no lo recuerdas como certezas que ocurrieron? Si los hechos no son hechos, ¿qué sentido tienen todos tus altercados?, ¿por qué te enoja tanto cuando te calumnian o inventan cosas sobre ti? ¿Acaso al enojarte no estás afirmando que ocurrió un hecho verdadero que está siendo tergiversado en el relato del otro?

Caminamos, funcionamos y respiramos sobre hechos verdaderos y situaciones reales, que son de hecho la base de los sufrimientos y del consuelo. Y esto nos lleva al siguiente punto.

Detente y evalúa la **prueba de la práctica** del postmodernismo: si la persona que profesa dicha creencia puede vivir consistentemente en armonía con el sistema que profesa. El postmodernismo sostiene que cuando alguien lee un texto, el sentido no está en el texto, sino en el lector, y que cada cual lo debe interpretar desde sus propias verdades, estando bien todas las interpretaciones que se hagan, pues son verdades personales, sin existir una verdad externa a la persona.

Si esto es así, ningún teórico de la postmodernidad debería haber escrito sus postulados, pues nadie interpretará lo escrito según lo que él quiso expresar. Un verdadero postmoderno no escribe ni lee, pues cree que ningún texto dice lo que dice, ni tiene posibilidad de comprensión verdadera, pues no hay verdad. ¿Qué consuelo sería decirle a un canceroso que resulta imposible saber si tiene cáncer, pues la biopsia escrita es interpretable de cualquier manera de acuerdo al lector? Ningún verdadero postmoderno debería escribir un correo, leer el diario o ver una película, pues pecaría contra su cosmovisión asumiendo que se le está transmitiendo información inteligible, que tiene un sentido.

Mira a tu alrededor, observa y reflexiona. ¿Funciona una sociedad bajo la premisa postmoderna de que toda verdad personal es válida? Si funcionara, entonces a un verdadero postmoderno no le debería importar si hay guerra o hay paz, pues está bien tanto el que asesina, como el que cura la herida, pues toda verdad ética es válida. Un verdadero

postmoderno no debería ver mal que un hombre de cincuenta años abuse sexualmente de un niño de cinco, pues tal hombre tiene su propia verdad sobre la cual funciona y es una verdad respetable. Por lo mismo, un verdadero postmoderno no debería ver mal ni a Hitler y sus cámaras de gas, ni las decapitaciones del Estado Islámico, ni las lámparas humanas de personas quemadas por Nerón.

Más aún, un verdadero postmoderno debería aceptar con comprensión cuando lo golpean, lo escupen y le roban, cuando lo calumnian, le raptan a la hija y lo torturan, cuando lo oprimen, lo estafan y lo engañan. Todo lo acepta como legítimo, pues comprende que tal ética personal del prójimo es igualmente válida que la suya propia. Pregunta: ¿existe realmente tal postmoderno?

El posmodernismo se muestra amplio en actitud, pero corto en argumentos. Pues, ¿qué consuelo sería para una mujer violada explicarle que la ética del hombre abusador es correcta para él? O ¿qué consuelo sería para un padre cuyo hijo ha sido atropellado por un alcoholizado decirle que, si a tal hombre le hizo sentido manejar bajo la influencia del alcohol, está bien para él? Claramente la tan publicitada frase “si te hace sentido está bien” no está para nada bien. Claramente, hay cosas que están muy mal, y mayor maldad aún es llamarlas un bien.

Te escribo, pues tengo la certeza de que, si bien me respondiste desde la mirada postmoderna, en realidad no la compartes y no estás de acuerdo con tu propio sentir expuesto en el mensaje. ¿Cómo es esto? Porque el que me hayas escrito el mensaje de texto, demuestra que me quisiste compartir una verdad (que la verdad es personal). Al escribirme “si piensas que está bien,

está bien”, estás afirmando una frase postmoderna a través de un método anti-postmoderno.

El mero hecho de escribirme el mensaje contradijo el mensaje escrito, pues te paraste sobre una serie de verdades opuestas al escrito, como que ese mensaje escrito tiene de hecho un sentido y un significado objetivo, que es entendible y, por tanto, que hay una verdad por sobre lo personal. Eso me da una luz de esperanza de que, si esperas que tu mensaje haya sido comprendido por mí, también mi mensaje será comprensible para ti. Mi objetivo en esta carta es explicitarte a ti mismo, tu verdadero sentir detrás de lo que expresaste. Es sacar a la luz lo no dicho, al decir lo que dijiste.

Amado Aner, en el contexto de lo que vivimos a diario y lo que se discute en nuestras mesas, de lo que escandaliza en las noticias y alborota a los ciudadanos, es evidente que hay verdades éticas, bienes y males, que van más allá del sentir de un individuo particular. En lo que juzgas a otro, te condenas a ti mismo, pues evidencias que conoces la diferencia entre el bien y el mal. Si esto es así, entonces la Verdad es exterior al ser humano. ¿Dónde está esa Verdad? Evidentemente en el Creador del ser humano.

Si hay una conciencia moral universal, que es basal en toda la humanidad, si hay un consenso basal de ética de lo que está bien y mal, significa que hay un Ser anterior y superior a esa conciencia, que implantó Su moral de manera universal en el hombre. Aquel ser, trascendente e inmanente a la vez, perfecto en justicia y a la vez eterno en misericordia, Es la definición del bien y, por tanto, Es la verdad.

Él ha dicho al hombre “aborreced lo malo, seguid lo bueno” (Rom.12:9), pero el hombre en su arrogancia, se planta en

rebeldía como grano de polvo ante la montaña de Dios, y prefiere las tinieblas a la luz.

Y esta es la condenación: que la luz vino al mundo, y los hombres amaron más las tinieblas que la luz, porque sus obras eran malas. Porque todo aquel que hace lo malo, aborrece la luz y no viene a la luz, para que sus obras no sean reprendidas. Mas el que practica la verdad viene a la luz, para que sea manifiesto que sus obras son hechas en Dios.

[...]

Jesús les habló, diciendo: Yo soy la luz del mundo; el que me sigue, no andará en tinieblas, sino que tendrá la luz de la vida.

[...]

Jesús le dijo: Yo soy el camino, y la verdad, y la vida

(EVANGELIO DE JUAN 3:19-21, 8:12, 14:6)

Carta al Deslumbrado por el
PANTEÍSMO

Holas!

Tienes razón en varias cosas que planteas.

La verdad es que, si bien te escribí "si te hace sentido está bien para ti", no me considero post-moderno en mi modo de ver la vida. En realidad lo dije por respeto a tu persona, pues mi creencia es respetuosa con todas las religiones.

Creo que hay una energía creadora, un "Dios" que, como un gran elefante al cual palpan varios ciegos, es descrito de diversas maneras por las distintas religiones.

En lo personal, creo que la energía divina está en todo y en todos. Esta creencia la vivo en consistencia como mi diario vivir, pues respeto a la naturaleza, cuido al planeta y protejo a los animales, pues es Dios y Dios es todo.

Espero que me respetes a mí, tal como yo te respeto a ti.

Saludos

Aner

Estimado *Aner Dipsujos*, veo con gozoso gusto que mi carta anterior te impulsó a sentarte y cavilar verdaderamente sobre tus creencias. Que me hayas vuelto a responder (y esta vez escrito por mail), es indicativo de tal actitud elogiable. Tu esfuerzo reflexivo demuestra que en ti hay imagen del Creador y, por lo mismo, me pongo a tu servicio con gusto, escribiéndote esta tercera carta en respuesta a tu planteamiento.

No es que quiera ser opositorista e irrespetuoso, sino que al revés, por respeto a tu demostrado y confirmado intelecto, te escribiré respecto a la cosmovisión panteísta que sostienes, para ayudarte a definirla y someterla a las pruebas necesarias de consistencia. Sé que este ejercicio, lejos de molestarte, te causará gran placer intelectual, cual nadador intentando romper su marca o escalador intentando llegar más alto.

¿Por qué defino tu cosmovisión como panteísta?, por las presuposiciones que veo entre tus líneas. El monismo panteísta sostiene que el alma de toda persona es el alma de todo el cosmos, es decir, cada persona es todo y todo es Dios, por ende, cada persona es Dios. También sostiene que algunas cosas son más genuinamente uno con el cosmos que otras (que son más ilusorias) y que los caminos, para llegar a ser más uno con la unidad cósmica, son muchos (tal vez todos). La postura panteísta es que, así como todos los ríos fluyen al océano, todas las religiones llevan al mismo lugar, siendo un asunto no tanto de doctrina, sino más de diferencias en el cómo y en la técnica.

Te invito a pasar este sistema de pensamiento, al igual como lo hicimos con el naturalismo y el postmodernismo, a través de la prueba del razonamiento, de la experiencia humana, y también de la puesta en práctica de la cosmovisión.

Partamos aplicando la **prueba de la razón** evaluando la cosmovisión con pensamiento lógico. Para el panteísmo, descubrir la propia unidad con el cosmos es pasar más allá del bien y del mal. Al ser todo parte del Uno, las almas son eternas. El regreso de las almas a aquel Uno puede durar milenios, pero nunca podrán no ser, pues son parte del Ser. El sistema de volver al ser, va mediado por el Karma, que evalúa las acciones de las almas y las va castigando y haciendo cargar sus pecados en sus siguientes reencarnaciones.

Si has pecado, no hay confesión ni arrepentimiento posible, sino que todo pecado será irremediablemente saldado en el sufrimiento futuro. Esto da pie para la moral y las buenas costumbres en Oriente, pero no desde la perspectiva del amor, sino del egocentrismo. ¿Cómo es esto? Pues evidentemente no se puede aliviar el sufrimiento del prójimo, pues es su Karma, y uno mismo busca hacer el bien, solamente para evitar un mal Karma futuro en la reencarnación. Es decir, el actuar moral panteísta no está basado en el amor al prójimo, sino en el miedo egoísta, pues las faltas cometidas resultan irremediablemente fatales, en tanto el Karma no conoce el perdón.

Detengámonos un poco en esto del castigo del Karma. ¿Quién establece tales normas universales?, ¿quién dictamina y ejecuta tal castigo? Nadie, pues Karma no es una persona y Brahman (la realidad última, el Uno) tampoco lo es. El todo, por tanto, es nada. Solamente ocurre. No hay explicación. No hay argumento. Solo es.

Obviamente sabes, ya desde la primera carta, que mi cosmovisión personal es cristiana, por lo que no intento engañarte con sofismas, sino que sencillamente estimularte a la consistencia completa entre tu andar y tu pensar, al ver lo

diametralmente opuestas que son estas dos cosmovisiones y sus implicancias.

En el cristianismo la personalidad es una característica primordial de Dios y del hombre. Ser persona implica tener mente, emociones y voluntad. Dios es presentado en la Biblia como un ser único en esencia, pero tri-personal. Así, tanto Padre, Hijo y Espíritu Santo tienen mente, emociones y voluntad. El ser humano es presentado a semejanza de Dios, teniendo corazón, un mundo interior que piensa, siente y decide. Toda vida humana es especial y tiene dignidad, pues es una criatura a la cual se le ha dado el privilegio de ser semejante a Dios en imagen.

Hay moral universal y efectivamente se evidencia “la ley de la siembra y la cosecha”, pero porque hay un Juez Todopoderoso sentado en el Trono, reinando activamente sobre cada milímetro de la existencia. La consistencia de la justicia está, a diferencia del panteísmo, basada en un Ser todo pensante, todo presente, todo poderoso y todo reinante, que es el que finalmente permite y ejecuta en todos la ley de la siembra y la cosecha, siendo el tormento eterno la cosecha final de la maldad humana.

¿Y el perdón? Tan ausente como está del Karma, está presente en el corazón de Dios. Hay perdón, pero no un perdón barato, porque la justicia no es gratuita. ¿Cómo se consigue el perdón? No se puede conseguir, pues es muy caro. Entonces, ¿cómo es esto? El precio del perdón de los pecados resulta ser más alto que el universo entero para la demanda de justicia del Dios infinitamente Santo. El precio es Su propia vida y Su propia sangre.

Dios se encarnó, para tomar nuestro lugar en el estrado de los pecadores y sufrir el castigo de nuestras iniquidades sobre su propia espalda, clavándose las espinas de la maldición del

pecado en su frente, manos, costado y pies. Todo aquel que cree en tal sacrificio de Dios Hijo, es declarado limpio, inocente, puro y justo. Por tanto, el cristianismo no es liviano con la maldad, reconociendo el infierno de castigo, pero tampoco es fatalista, pues reconoce como luminaria, como sol de justicia, como puerta de salida y de salvación, a Jesucristo de Nazaret.

Ahora bien, todo este pensamiento opuesto entre el panteísmo y el cristianismo tiene **implicancias prácticas** significativas. Si el panteísmo tiene una moral basada en el egocentrismo de la búsqueda del mejor Karma, el cristianismo tiene una moral basada en el amor a Dios y al prójimo, el primero y más importante mandamiento. El objetivo de hacer el bien no soy primeramente yo, sino rendir tributo agradecido al buen Creador y bendecir al prójimo. El que uno mismo sea bendecido al hacer el bien, resulta ser la consecuencia, no el objetivo, del buen actuar.

En lo concreto, esto ha llevado a las sociedades occidentales (por mucho que se les puede criticar en un sinnúmero de aspectos), a ser las más solidarias e igualitarias del orbe. Gracias a las ideas de la dignidad humana y el amor al prójimo fundamentado en el protestantismo, los estratos bajos de Europa pasaron a ser en un par de siglos el “primer mundo” (digo los estratos bajos, desmarcándome del imperialismo arrogante de las elites europeas, que poco influyeron en el bien estar de las bases de la sociedad).

Por el contrario, el problema de un pensamiento entregado al Karma, es evidente al observar la casta India más baja, los Dalit, a los que por siglos sus compatriotas nunca buscaron ayudar, pues nacer en ésta casta es comprendido como su Karma, es decir, están pagando sus pecados pasados. Ante tal pensamiento, la

erradicación de la pobreza y la búsqueda de salubridad se tornan prácticamente una falta de ética hacia la justicia del Karma, terminando por ser una sociedad altamente negligente con los enfermos y necesitados.

En esa perspectiva, el valor de la vida de un ser humano es mínimo, pues su alma es eterna y se va reencarnando en distintos animales, pero su carne humana es pasajera e ilusoria. Por tanto, al morir una persona no perece algo valioso, pues su valor está en el alma, que permanece. Es por eso que para un occidental, que tiene en alto valor la vida humana individual, resultará una fuerte desilusión ver la aparente apatía de muchos orientales frente a la pérdida de vidas en condiciones nefastas.

Y así llegamos a la **prueba de la experiencia**, que, como ya sabes, tiene relación con la relevancia que tiene la cosmovisión sobre lo que sabemos del mundo que nos rodea y sobre lo que nosotros mismos experimentamos.

En el caso del panteísmo, eminentemente el foco es pasar a ser uno con el cosmos y, por tanto, pasar más allá de la personalidad. La línea de pensamiento del panteísmo es que todo es Dios, por lo que Dios no es un ser, o si lo es, no es una persona, sino que es impersonal. Como el objetivo del ser humano es tornarse uno con ese Uno, resulta ser un camino hacia la despersonalización, hacia el volverse uno con el todo y, así, ser nadie en lo personal. El estadio superior del hombre es, por tanto, el estado que más se aproxima a la inconciencia, lo que explica por qué el pensamiento oriental tiende al quietismo y la inactividad. El objetivo es colocar a la persona en un estado en el que desaparezcan las distinciones entre la ilusión y la realidad, la verdad y el engaño, el bien y el mal.

Analiza la *experiencia humana general*: ¿Es ésta la realidad de tu vecindario y ciudad? ¿Ves realmente como ideal que todos tus familiares lleguen a un estado de transe en el que dejen de ser? ¿Acaso no se vería como execrablemente negligente a un padre que permite que sus hijos mueran de hambre, mientras está sentado por años como árbol en el balcón? Si piensas en la sociedad ideal, ¿realmente estás pensando en una sociedad llena de personas que han llegado a ser uno con el Uno, es decir, que se han despersonalizado y ya no responden a los estímulos externos, sino que se han vuelto menos que plantas? ¿Acaso no es el intelecto lo que nos diferencia y nos hace gobernar sobre los animales? ¿Es la capacidad cognitiva humana tan odiosa como para pretender que su mejor estado es alcanzando con la mente en blanco?

Analiza tu propia experiencia, tus sueños y tu ideal de realización como persona en el futuro. ¿Cómo te lo imaginas?, ¿acaso no te imaginas más bien con algún título, algún trabajo dignificante o alguna relación familiar honrosa? Pues bien, todo eso está diametralmente alejado de la búsqueda panteísta de ser uno con el todo. El desarrollo personal del individuo, tal como lo entiendes y todos lo viven, es anti-panteísta. El desarrollo del individuo se inició con el teísmo de la alta Edad Media y de la Reforma, pues fue impulsado al aceptar que el Creador puso en cada cual características específicas, con el objetivo de que se desarrollaran en este mundo material creado para Su gloria.

Amado Aner, una vez más reitero que esta carta la escribo no por faltarte el respeto, sino que, al revés, por respeto a tu humanidad e intelecto. Te escribo estas líneas, para que, más que poner la mente en blanco, puedas profundizar tu pensar y vivir cada día más consistentemente con lo que afirmas creer.

Comparto contigo que hay un Uno superior, pero no etéreo e impersonal, sino que más bien:

*Tres son los que dan testimonio en el cielo: el Padre, el Verbo
y el Espíritu Santo; y estos tres son uno.*

(1 JUAN 5:7)

Carta al Suspicaç respecto al
EVANGELIO

Holas!

Debo admitirte que me he molestado en varias secciones de tus extensas cartas. Las he leído por decencia y las he intentado contestar con amabilidad, pero la verdad es que me enerva en extremo que te coloques en una suerte de posicionamiento superior y me andes sermoneando respecto a mis frases y pensamientos. ¿Acaso te crees mejor que todos? Yo que sepa, ustedes los cristianos andan continuamente exigiendo el cumplimiento de mandamientos ridículos, que ni ustedes mismos logran cumplir. Si piensas que me estás convenciendo, estás equivocado. Tu arrogancia moral más bien me aleja.

Hasta luego.

Estimado *Aner*, lamento mucho que hayas interpretado mis cartas como arrogantes. No fue mi intención. El objetivo era estimularte a refinar tus propios pensamientos, no enervarte. El objetivo no era menospreciarte o menoscartarte, sino que, al contrario, era honrarte como hombre sapiente, fomentando tu posicionamiento, observando con detención las consecuencias lógicas de cada cosmovisión. Te pido nuevamente perdón si mis cartas te dieron una impresión equivocada, pues no está tal cosa en mi corazón.

Ahora bien, observo en tu carta que tienes cierta animosidad contra nosotros los cristianos, probablemente debido a malas experiencias pasadas, pues veo que, al igual como lo hizo Jesucristo, criticas con vehemencia la hipocresía. Tal vez te resulte sorpresivo leer esto, pero no estás muy alejado del Evangelio en lo que has expresado. Permíteme explicártelo, para darme a entender mejor.

Has detectado correctamente que nuestra carne humana caída tiende muchas veces a un moralismo arrogante, que finalmente resulta ser hipócrita, pues nadie logra cumplir todos los mandamientos de Dios. Lamentablemente, muchos grupos cristianos, al no comprender plenamente el Evangelio, se unen a esa cruzada equivocada de buscar alcanzar el amor de Dios por medio del buen comportamiento (idea que comparten otras religiones, como los musulmanes o judíos), sin entender que precisamente para esto vino Cristo.

Permíteme explicarte en qué consiste el mensaje de las Buenas Nuevas (el Evangelio) citándote el famoso versículo del apóstol Juan, discípulo de Jesús:

Porque de tal manera amó Dios al mundo, que ha dado a su Hijo unigénito, para que todo aquel que en él cree, no se pierda más tenga vida eterna.

(JUAN 3:16)

En este pasaje podemos ver los conceptos “amor de Dios”, “mundo”, “Hijo unigénito”, “Creer” y “Vida eterna”, que constituyen el núcleo de las Buenas Nuevas. Para comprender la amplitud y la profundidad del mensaje de Salvación del Evangelio, es necesario comprender precisamente estos cinco aspectos fundamentales: Dios, Ser Humano, Cristo, Fe y Don.

Dios se auto define en las Escrituras como el Creador Trino, Eterno, Verdadero, Justo y Santo, quien es a la vez Bueno, Amoroso y Misericordioso. Es necesario saber quién es y cómo es el Dios que salva, vale decir, reconocer sus atributos y carácter, cuáles son sus obras y cómo se relaciona con la creación y el ser humano.

La *Condición Humana* es descrita en la Biblia de esta manera: el ser humano fue creado para adorar a Dios y estar en comunión con Él, pero debido al pecado, dicha relación de intimidad ha sido letalmente dañada. A partir de esto, el ser humano quedó imposibilitado de relacionarse con Dios y disfrutar de su gloria.

En vista de nuestra condición, *Jesucristo*, el Hijo de Dios se ofreció a Sí mismo como sacrificio y sustituto por nuestros pecados, para recibir sobre Sí el juicio que merecíamos y darnos la gloria que no merecíamos. Cristo nos muestra el camino al Padre, permitiéndonos restablecer nuestra comunión con Él a través de la fe en su obra salvadora.

Dios nos ofrece vida eterna de manera gratuita, por medio de la *Fe* en Cristo. La única respuesta que nos demanda el evangelio

es creer en Él y confiar en su Palabra. En tal sentido, resultan vanos e inútiles todos los esfuerzos o estrategias humanas para establecer comunión con Dios que no se basen en la confianza en Jesús y su Palabra.

En definitiva, el *don* y centro del evangelio es Dios mismo. El fin del evangelio es restaurar nuestra relación con Dios, quien es el mayor regalo que podemos recibir. Dios es todo lo que necesitamos y nuestro bien supremo. Por esta razón, Dios mismo toma la iniciativa en toda la obra de salvación, para que podamos disfrutar y gozar de la comunión con Él eternamente. El gran don del Evangelio es Dios mismo, nuestro bien supremo, con quien podemos relacionarnos confiadamente por la obra de Cristo.

Este mensaje, con sus cinco aspectos centrales, es relatado de diversas maneras continuamente en las Escrituras, por ejemplo, por el apóstol Pablo, que escribe a su discípulo Tito:

*Porque nosotros también éramos en otro tiempo
insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de
concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y
envidia, aborrecibles, y aborreciéndonos unos a otros. Pero
cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador,
y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras
de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su
misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la
renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros
abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para
que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos
conforme a la esperanza de la vida eterna.*

(TITO 3:3-7)

Parte de tu enojo contra el cristianismo pareciera basarse en la idea de que los cristianos se ven a sí mismos como superiores a los demás, cosa muy alejada del corazón del verdadero creyente, pues un verdadero cristiano entiende que fue salvado por pura misericordia y gracia, sin merecerlo, exclamando como el mismísimo apóstol Pablo: *Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero.* (1ª TIMOTEO 1:15)

¿Por qué, entonces, hay tanto supuesto cristiano que se cree superior y en su arrogancia vive una ciega hipocresía? O, al revés, ¿por qué hay tanto supuesto cristiano que vive en tanta liviandad moral, dando un mal ejemplo a todos, cuando supuestamente es un redimido de Dios? La respuesta no está en un dedo acusador, sino en la introspección. Nuestra propia naturaleza caída, la carnalidad de todo ser humano, tiende en su pecaminosidad, por un lado, a darle la espalda a la justicia realizada por Cristo, intentando por medio de las buenas obras la autojustificación (esto se llama “legalismo” o “moralismo”), y, por otro lado, a darle la espalda al llamado de santificación, dándole rienda suelta a los deseos de la carne (esto se llama “libertinaje” o “antinomianismo”).

Nuestra carne caída nos tienta en ambas direcciones, ya sea instándonos a buscar el perdón, la aceptación y el amor de Dios por medio de un buen comportamiento cristiano que oculte nuestros pecados interiores (legalismo), o ya sea instándonos a traspasar los mandamientos de Dios, confiando erróneamente en que Su misericordia borra Su santidad (libertinaje).

Pero el fundamento de Dios está firme, teniendo este sello: Conoce el Señor a los que son suyos; y: Apártese de iniquidad todo aquel que invoca el nombre de Cristo. (2ª TIMOTEO 2:19). El fundamento

doctrinal bíblico es claro: Por un lado, el Señor nos escogió, llamó, adoptó y justificó, es decir, Él conoce a los suyos. Por otro lado, todo aquel que ama a Cristo se aparta de iniquidad. ¿Por qué?, porque el amor incondicional de Dios y la seguridad de salvación que tenemos en Su elección, son grandiosísimos impulsos santificadores de gracia inmerecida, de gozo y, por tanto, de una vida rendida en gratitud.

La vida del Evangelio no es ni libertina (que niega la santificación, el alejarse del mal), ni moralista (que niega la justificación en los méritos de Jesús), sino una vida de gratitud, deleite y amor en Cristo, que conduce invariablemente a obedecer sus mandamientos con gozo y confianza. La Biblia denomina el camino del Evangelio sencillamente como “vivir en el Espíritu”, mientras que al camino del legalismo o del libertinaje los llama “andar en la Carne”.

La lógica del Evangelio no es “me esfuerzo y gracias a eso soy amado” (eso es incompreensión de la justicia gratuita que tenemos en Jesús) y tampoco es “el Señor hace la obra en mí, por tanto, no me tengo que esforzar” (eso es incompreensión del proceso de santificación de alejarnos del pecado). Más bien, el pensamiento del Evangelio es: “el Señor completará la obra en mí, por eso me esfuerzo en arrepentimiento y deleite en Él”.

La lógica *carnal legalista* es “obedezco para ser aceptado por Dios”, por lo que su foco es egocéntrico y su motivación para el hacer, gira en torno a pecados de orgullo, vanagloria, control, poder y miedo. La gloria que busca es la personal, y el deleite está en la apariencia de piedad, en la autosuficiencia, en el “yo puedo”, en adquirir fama entre creyentes o poder jerárquico de posición. Tal falso “evangelio” fue el más fuertemente criticado

por Cristo y fue el que finalmente clavó, a través de los fariseos y los sacerdotes de la época, los clavos a Jesús.

En respuesta a esta religión hipócrita, muchos, pretendiendo darle la espalda, huyen a la igualmente equivocada lógica *carnal libertina* que dice “como ya soy aceptado por Dios, no obedezco Su Palabra”. El foco aquí es igualmente egocéntrico, motivado en la pereza, la lujuria, la comodidad, la aprobación del mundo, y demás. Por tanto, la gloria que busca es igualmente la propia, con adoración idolátrica a las cosas creadas, antes que al Creador, siendo las cosas terrenales, las sensaciones pasajeras y las vanidades de la vida, su deleite, aunque el Evangelio de Cristo nos llama a morir cada día.

El fruto, tanto de una vida libertina, que se aleja de la obediencia a Dios creyendo en una gracia barata, como de una vida legalista, que pone su esperanza en sus propias obras, es el mismo: *Manifiestas son las obras de la carne, que son: Adulterio, fornicación, inmundicia, lascivia, idolatría, hechicerías, enemistades, pleitos, celos, iras, contiendas, disensiones, herejías, envidias, homicidios, borracheras, orgías, y cosas semejantes a estas. (GÁLATAS 5:19-21).* No importando cuántos años lleva congregándose la persona y sirviendo en la iglesia, o cuál es su posición jerárquica: las lógicas equivocadas, siempre llevan por el camino equivocado.

Tanto una vida de relajo moral libertina, como una vida de orgullosa autosuficiencia moralista, llevan al mismo desenlace de manifestar frutos de la carne, pues en lo concreto, ambos provienen de la carne egoísta y ególatra. La carne caída se deleita poniéndose a sí mismo como centro, ya sea por medio del legalismo, que ama la sensación de tener reputación de ser buena persona, o por medio del libertinaje, que ama la sensación

de tener el control de hacer lo que se le da la gana. Externamente parecen actitudes contrarias, pero internamente no lo son. Ambas buscan gloria propia y el deleite en sí mismo y en las cosas de este mundo, por lo que ambas tienen exactamente el mismo fruto de pecado.

Es por eso que constantemente surgen lamentables reportes sobre personas que han estado décadas participando en iglesias y luego se destapan sus inmoralidades u robos que han perpetrado ocultamente por años. Esto se debe a que no vivieron el verdadero Evangelio, sino que el legalismo. Se congregaban y servían, pero por motivos carnales, siguiendo deseos caídos y no del Espíritu. Y todo el que vive en el legalismo, vivirá a su vez en el libertinaje, pues es la misma carne.

Quizás esto te sorprenda, pero hay muchísimas motivaciones erradas por las cuales obedecer los mandamientos de Jesús. Por ejemplo, por mera costumbre familiar, por presión del medio, ya sea por parte de nuestros padres, líderes eclesiásticos o pares, por aparentar ser buenos cristianos, por manipulación y miedo, para ser aceptados en la congregación, para no ser expulsado del servicio específico, para mantener el cargo de liderazgo, etc. Todos estos motivos no podrán sostener en la persona una vida en santidad perseverante, haciéndole caer tarde o temprano. Una obediencia sustentada en presiones externas o circunstancias, fallará una vez que estas presiones o circunstancias cambien.

Un líder que “vive en santidad” a raíz del cargo, cuando deje el cargo se desbandará. Un discípulo que obedece por miedo, en una circunstancia donde no esté el temor, actuará sin temor de Dios. Si obedecía a Cristo para ser aceptado por la iglesia, una

vez que por algún problema interpersonal ya no le interese ser aceptado, dejará a un lado la santidad. Toda obediencia que no esté fundamentada en el amor a Cristo, no va a perseverar y tarde o temprano se hará gravosa, caducará y fallará. Si bien es cierto que la obediencia basada en motivaciones erradas puede producir ciertos cambios conductuales externos, es imposible que tales acciones transformen el corazón. Es por eso que un escriba o fariseo moralista termina siendo igual de asesino que un Barrabás libertino. Por mucho que las conductas externas puedan parecer radicalmente distintas, en realidad la pecaminosidad del corazón es la misma.

¿En qué se diferencia el Evangelio (el andar en el Espíritu), con los falsos “evangelios” carnales, que no resultan ser para nada una buena noticia? Primeramente, en el primer mandamiento, que es amar a Dios con todo el mundo interior y exterior, con todo el corazón, alma, mente y fuerzas. El camino del Evangelio no se encuentra a mitad de camino entre el libertinaje y el moralismo. No se trata de confiar “tanto” en la gracia que se permanece en pecado, ni de confiar “tan poco” en la gracia, que la salvación se base en el esfuerzo propio de portarse bien. El Evangelio es otro camino, es otra vía, que tiene que ver con una vida Cristocéntrica, buscando glorificar a Dios, viviendo en profundo agradecimiento a Él, consagrados a Él, pues *le amamos a él, porque él nos amó primero*. (1ª JUAN 4:19).

La lógica es de agradecimiento, pues “ya soy aceptado por Dios, por eso le obedezco y sirvo y amo”. El foco es Cristo, no el yo. La motivación de todo el obrar es el amor a Dios y al prójimo, y lo que se busca es glorificar a nuestro Salvador, pues le pertenece por derecho justo e inobjetable únicamente a Él. Al ser el amor a Él el centro, pues fuimos primeramente amados por Él, el cristianismo no es una mera religiosidad,

sino más bien una relación, donde el deleite es conocerle, tener comunión con Él y vivir para Él, no importando en qué función, en qué cargo o en qué labor, ni el qué dirán, ni el cómo lo hace el otro. En el Evangelio de Cristo no nos comparamos, ni envidiamos, ni codiciamos, pues nos sabemos eternamente amados, privilegiados y completos. Naturalmente, fruto de tal vida plena de deleite, el fruto será apacible, lleno de *amor, gozo, paz, paciencia, benignidad, bondad, fe, mansedumbre, templanza*. (GÁLATAS 5:22-23).

Es la obediencia basada en el amor la que perdurará a través de las diversas crisis. Este esfuerzo tiene como motor el amor a nuestro Señor y el querer glorificarlo, e querer adorarlo con nuestra vida y agradecerle. Pero no agradecerle en el sentido de estar inseguros de su afecto y amor eterno, sino en el sentido de querer hacer feliz al que por pura gracia ya nos hizo eternamente felices. Lo que está en juego no es el estado filial legal como hijos del Padre, sino la comunión de deleite entre nosotros los hijos y el Padre.

Cuando la persona tiene una relación genuina, íntima y diaria con Cristo, la obediencia no dependerá de las circunstancias o presiones pasajeras, no dependerá del qué dirán o las manipulaciones, no dependerá de la reputación o de la imagen, porque se sustenta en una relación interna de amor a Jesús, por la obra del Espíritu. Una obediencia basada en estar apegados a la Vid. Por tanto, *el que tiene mis mandamientos, y los guarda, ése es el que me ama* (JUAN 14:21).

En lo práctico, una consejería libertina recomendará: “Haz lo que dicte tu corazón”. Una consejería moralista dirá: “La Biblia dice que no debes hacer esto o aquello”. Esto último es correcto,

pero focaliza únicamente en las actitudes externas, por lo cual la persona puede dejar de pecar en lo externo, pero muchas veces por motivaciones internas erradas. Deja de murmurar, para que no opinen mal de ella. Deja de mentir, motivado en el orgullo de la integridad. Es dadivosa, pero por amor al dinero, pensando “Dios me va a dar más dinero”. Al no haber cambiado el corazón de adoración, el cambio no será duradero (Lucas 6:43-45), ni verdadero, ni agradable a Dios (1 Corintios 13:1-3).

En cambio, la consejería bíblica en el evangelio preguntará: “¿Por qué haces lo que haces? ¿Cuáles son las frases más recurrentes en tu mente? ¿Qué cosa crees que necesitas para ser feliz? ¿Si perdieras qué cosa, o qué comodidad, o qué persona, crees que colapsarías?”, focalizando en el hombre interior, el corazón, el núcleo de adoración, pues de ahí manará la conducta externa correcta con motivaciones santas. El remedio que ofrecerá no será un sistema de reglas, sino un salvador: Jesucristo. Una relación de disfrute con Él, con una vida en santidad por amor a Él, que busca glorificarle en todo.

Repito: Dios no nos ha dado un sistema de reglas para salvarnos, sino que nos dio a una persona, a Su amado Hijo unigénito; nos dio un Salvador. Dios nos ha dado a Jesús, y todo aquel que es conocido por Él y está unido a Él por medio de la fe, será eternamente salvo del castigo de la lejanía de Dios.

Amado Aner, si has llegado hasta este párrafo, agradezco a Dios por la obra que está haciendo en ti. En esa dirección, déjame también aclararte (en respuesta a tu carta) que mi objetivo nunca ha sido convencerte, pues tal empresa es imposible de llevar a cabo para el ser humano. Solo Dios puede regenerar corazones, y resulta que el Espíritu Santo sopla

desde donde nadie sabe y se dirige a donde nadie ve, para llevar a cabo tal acción de nueva creación en los que Él decide. No soy Dios, no me corresponde obrar en tu corazón. Lo que sí me corresponde es amar a Dios y amarte a ti, y he llevado a cabo esa labor de esta manera, escribiéndote estas cartas que procuran alabar la Verdad, que es Jesús, mostrándote el gozo y el deleite que podemos tener en El.

*Porque no me avergüenzo del evangelio, porque es poder de
Dios para salvación a todo aquel que cree.*

(ROMANOS 1:16)

Carta Final a

ANER DIPSUJOS

Hola Aner

Respondo tu carta al "Suspicaз respecto al Evangelio", escribiéndote esta respuesta final no por mensaje de texto, ni por mail, sino a mano, para que la tengas en papel y, si quieres, incluso la puedas enmarcar.

Mi mensaje es éste: No es necesario que sigas escribiéndote a ti mismo (a mí) extensas cartas apologéticas respecto de tu propia fe.

A lo largo de estos meses universitarios mi mente ha sido atormentada, pero el Espíritu Santo ha triunfado al ayudarme a solidificar y arraigarme en Jesús a través de ésta auto correspondencia.

Aunque debo admitir que, en última instancia, no fueron los argumentos los que me convencieron y afirmaron, sino la libertad que Dios me concedió de mi propia rebeldía.

Jesús sanó mi ceguera para poder verlo, y al verlo a Él, fui verdaderamente sanado. Al verlo entendí que mi búsqueda de la Verdad, en realidad no era tal, sino que más bien una búsqueda de argumentos que justificaran mi voluntad de vivir una vida alejada del Creador.

Hoy puedo decir: Por la gracia de Dios, soy lo que soy. Por la gracia de Dios ya no soy Aner Dipsujos, el hombre de doble ánimo, sino Aner Monopsujos, un hombre de fe, renovado en el espíritu de su mente.

El tormento de la duda ha sido superado por la fe y ya no soy como la ola del mar arrastrada por los vientos de pensamientos de este mundo. Mi Señor me ha plantado con Su poder sobre la Roca, como si fuese un pequeño y débil árbol naciente, pero con raíces fuertes y penetrantes como el diamante.

Sé que me queda aún todo un trecho de vida por recorrer, pero ya no es necesario que me escribas como mirando en el espejo oscuramente a un inconstante, sino viendo en el espejo a un hijo de Dios, que algún día ciertamente verá cara a cara a Aquel que ahora conozco solo en parte.

Gloria a Dios que me sacó del lodo cenagoso, del pantano de la duda, para poder proseguir mi marcha lenta a Sion. Por un breve tiempo será contra corriente, pero mi nado es impulsado por el Espíritu Todopoderoso.

Sé que la senda acá es estrecha, pero proyectada al futuro, es eterna. Por ahora es tortuosa, pero mirando al Invisible, será infinitamente dichosa. Y por ese gozo puesto delante de mí, tomo la Cruz mirando arriba y adelante, sabiendo que esa madera que abrazo, no representa tanto mi propia muerte, como la de Aquel que decidió mostrarme, clavado en ella, Su amor eterno derramado sobre mí.

Hasta pronto.
Aner, el Amado

Autor	CLAUDIO FUENTES PFEIFFER
Diseño y Diagramación	CAROLINA VENEGAS CAMPOS
Ilustración Portada	CAROLINA VENEGAS CAMPOS

CARTAS A ANER DIPSUJOS

Primera Edición
Septiembre de 2024, Viña del Mar, Chile,

© Todos los derechos reservados
Queda prohibida la reproducción total o parcial de este libro y su contenido por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión sin la autorización previa y por escrito del autor.

Contacto:
cfp.autor@gmail.com

Impreso en Imprenta Dospuntocero
www.dospuntocero.cl

Claudio Fuentes Pfeiffer es discípulo de Jesucristo, esposo felizmente casado, padre dichoso de tres hijos, pastor de la Iglesia Unión Cristiana de Viña del Mar, médico cirujano de profesión, con una maestría teológica en divinidades.

En medio de un mundo apurado y saturado de cosmovisiones, te animo a hacer un alto y sentarte a reflexionar por un par de horas respecto a los vientos de pensamiento que soplan por doquier.

Todos hemos sido movidos y afectados por estos vientos de una u otra manera, por lo cual resulta fundamental disponer nuestros corazones a un ejercicio reflexivo, aunque sea pequeño, buscando vivir una vida consistente con el propio pensar y creer.

Para ello te invito a que tomes asiento en un lugar cómodo y tranquilo, café en mano y con mente dispuesta, abriendo estas breves páginas con meditación, sumándote a (o más bien sumergiéndote en) la correspondencia escrita al joven Aner.